

Y poco despues, ó sea, en julio de 1340, firmóse en Sevilla el correspondiente tratado, autorizándolo por parte de Castilla los Reyes D. Alfonso y Doña María, el infante, su hijo y heredero, D. Pedro, D. Juan Manuel, D. Juan Alfonso de Alburquerque, y otros caballeros principales <sup>1</sup>.

Hecho esto, fueron allegándose los preparativos, dióse principio á las hostilidades, y logróse ahuyentar el gravísimo peligro de los reinos cristianos en 30 de octubre del propio año, fecha memorable de la célebre y trascendental batalla del Salado, comparable únicamente á la de Las Navas de Tolosa <sup>2</sup>.

Fácilmente se alcanza la viva alegría que tuvo la Reina con recibir en Sevilla á su esposo triunfante de tan poderoso y amenazador enemigo que habia puesto en conflicto á la cristiandad. Su corazon habia de anunciarle mejores tiempos, contando con merecer alguna deferencia por la parte que habia tomado en ganar el eficaz socorro del portugués. Mas ¡ah! Doña María no adivinó los intentos de su esposo,

<sup>1</sup> En este tratado se convino el matrimonio del Infante de Portugal, y luego Rey, D. Pedro, con Doña Constanza, hija de Don Juan Manuel, la misma que habia sido prometida en matrimonio, y aun entregada al Rey de Castilla D. Alfonso XI.

<sup>2</sup> Esta celeberrima batalla lleva el nombre del rio ó riachuelo cuyo paso decidió del éxito de aquella accion. Hay en Andalucía varios arroyos conocidos con el nombre de *Salado*. Aunque mas principalmente conocida por este nombre, la memorable victoria á la que nos referimos, recibe tambien de algunos el título de *Benamarín*, y los árabes la titulan batalla del *Wadacelito*.

De su importancia puede juzgarse por el número de los combatientes. La Crónica de Alfonso XI dice «que eran los moros mas que cincuenta e tres mil caballeros, e que avia y mas que setecientas veces mil omes de á pié;» y mas adelante, refiriéndose al recuento que supone hecho por el Rey moro despues de la batalla, dice la propia Crónica: «Fallaron de la gente que pasó aqunde que menguaban quatrocientas veves mil personas.»

Los historiadores árabes, en quienes no puede sospecharse parcialidad en favor de los cristianos, hacen de la batalla del Salado la siguiente reseña:

«A la venida del alba y en el punto que principiaba á clarear el día, se oyeron las trompetas de los enemigos y estremeció la tierra el estruendo de los atabores musulmicos, confundiéndose con los alaridos y atakebiras el agudo sonido de los lilelles y bocinas. «Corria en medio de ambos campos el Wadacelito, y los campeadores cristianos se adelantaron al paso del rio, salieron á encontrarlos «á toda brida los esforzados zeneles y gomares y la caballería de Granada: trabáronse ambas huestes peleando con igual valor y constancia, y en lo mas recio de la sangrienta batalla comenzaron á remolinarse ciertas cabillas alárabes, atropelladas de la caballería armada y cubierta de hierro que las acometió, de suerte que fueron desbaratadas y divididas por los enemigos. Al mismo tiempo «salieron de la ciudad cercados y se apoderaron del real de Abul Nasan, de su harem y riquezas, y al punto todos los africanos abandonaron el campo de batalla, que mantenian solos los andaluces acaudillados de su rey Jucef. Viendo éste que la flor del ejército «enemigo cargaba sobre los suyos, y que los africanos huían por todas partes, mandó á sus alféreces retirarse peleando hácia Algezira «antes que todo el ejército vencedor los rodease, y así lo hicieron dejando sangrientas huellas en su retirada. El rey de Fez se acogió «á Geballarie, y en el mismo día infausto de la batalla se embarcó y pasó á Cebla. Fué esta cruel batalla de Wadacelito día lunes «7 de la luna de Giumada, primera del año 741 (1340). El campo quedó cubierto de armas y cadáveres, y fué memorable esta matanza, y pasó á proverbio entre los enemigos aquel aciago día.» (Conde, *Historia de la dominación de los árabes en España*, parte IV, cap. XXI.)

adherido como nunca á su favorita. Esos amores ilegítimos habian de durar lo que la vida del Rey. Testigos son los hijos que siguió teniendo el monarca castellano en Doña Leonor de Guzman.

Las prosperidades alcanzadas por el Rey no servian sino de nuevos motivos de afliccion para la Reina. Dos años despues de la célebre batalla del Salado, D. Alfonso puso cerco á la plaza de Algeciras, habiendo sido un cerco tenaz y prolongado como pocos. En los incidentes á que dió lugar, ocurrió la muerte del gran maestre de Santiago; y con este motivo pudo la favorita conseguir ahora que esa dignidad recayese en su hijo D. Fadrique. Necesitaba que se le dispensasen dos gravísimos impedimentos, la menor edad, y el origen bastardo; ellos se dispensaron y se disimularon con facilidad, porque sin duda el Papa no halló medio de resistir á la instancia de un Rey que tanto y con tan singular fortuna se esforzaba en daño de la morisma.

Hubo la Reina de devorar en silencio este nuevo disgusto, y mirar enaltecido á dignidad tan elevada como el maestrazgo de Santiago, á un hijo ilegítimo de su esposo.

Nuevos y prósperos sucesos favorecieron al Rey en sus empresas militares; y en ellas, dando pruebas de incontrastable valor y no comun perseverancia, invirtió los restantes años de su vida y reinado, compartiéndolos con las tareas de legislador, que forman sin disputa uno de sus mejores títulos de gloria.

Habia comenzado á correr el año 1350, cuando el Rey D. Alfonso seguia impertérrito sosteniendo el cerco que habia puesto á la plaza de Gibraltar. Contrariedades de todo linage le pusieron á prueba; pero una entre todas se distinguió por terrible y amenazadora, hasta el punto de que los principales caballeros que con el Rey estaban, hubieron de aconsejarle que levantase aquel porfiado cerco. Una espantosa epidemia hacia estragos en el campamento <sup>1</sup>; mas no se quebrantó el

<sup>1</sup> Cronistas é historiadores hacen tristísimas narraciones de los estragos ocasionados por la epidemia que se desarrolló en esa época. Júzguese de ello por las siguientes líneas:

«Era de mil trescientos ochenta y seis años por San Miguel de setiembre comenzó esta pestilencia, que hizo gran morlándad en el

ánimo del Rey que consideraba como un baldon para Castilla la bien aconsejada pero mal recibida retirada. En tan heroica porfía alcanzó la epidemia al Rey D. Alfonso XI, y murió de ella á los 26 de marzo de 1350, causando general consternacion en el campamento cristiano y en todo el reino.

Este suceso señaló un nuevo período en la vida triste y apesadumbrada de la Reina Doña María.

## IV.

A la edad de quince años entró á reinar en Castilla, con unánime asentimiento de los pueblos, D. Pedro, único hijo legítimo de Don Alfonso XI.

«La desarreglada y escandalosa conducta de su padre, monarca «por otra parte de tan grandes prendas, con la célebre Doña Leonor «de Guzman, su dama; la funesta fecundidad de la favorita, y la larga «prole, fruto de aquellos amores tristemente famosos, que para des- «dicha del reino quedaba á la muerte de aquel soberano; los pingües «heredamientos que cada uno de los hijos bastardos habia obtenido; la «influencia que por espacio de veinte años habia ejercido la Guzman, «dueña del corazon del monarca y única dispensadora de las mercedes «del trono, que habia tenido buen cuidado de distribuir entre sus «deudos, parciales y servidores; el humillante y tormentoso aparta- «miento en que habian vivido la legítima esposa y la única prenda del

mundo, de modo que murieron las dos partes de la gente. Esta mortandad duraba por espacio de tres meses, y la mayor parte de las dolencias eran unas hinchazones que se levantaban en las vasillas y bajo los brazos; todos padecieron iguales dolores, los que murieron y los que curaron. Por las noticias que hallamos en los escritores musulmanes españoles, creemos que en la Andalucía se sintió mas el azote, para cuyo remedio escribió el cronógrafo de Granada Ebu Alkatib un tratado que intituló: *Averiguaciones muy útiles de la horrible enfermedad*. Abugiafar, tambien musulman y médico de Almería, escribió otro tratado sobre el mismo asunto en el cual advierte que la pestilencia se dejó ver primeramente en Africa, luego se derramó en el Egipto, y toda la Asia; finalmente invadió á Italia, Francia y España, y que en Almería donde hizo el mayor estrago, duró por espacio de once meses.» *Cronicon Comimbricense*.

«enlace bendecido por la Iglesia: aquella devorando en melancólico «silencio el baldon á que la condenaba el ciego y criminal desvío de su «esposo y la insultante privanza de la altiva manceba; este presen- «ciando la dolorosa y amarga situacion de su madre, y comprendiendo «ya la causa de sus llantos y de su infortunio; Doña María atormen- «tada de celos y herida en lo mas vivo para una muger y en lo mas «sensible para una esposa; D. Pedro atesorando en su corazon juvenil, «pero que ya despuntaba por lo impetuoso y lo vehemente, una pasion «rencorosa hácia la causadora de las tribulaciones de su madre y de «su desairada situacion; era fácil augurar que con tales elementos no «faltarían á la muerte del undécimo Alfonso, ni discordias que «lamentar entre la real familia legítima y bastarda, ni venganzas que «satisfacer á los ofendidos, ni al reino castellano males y disturbios «que llorar<sup>1</sup>.»

Prescindamos de las crueldades del hijo que no son de este lugar, y fijémonos en la impensada mudanza que se dió á conocer en la madre.

Iban acompañando el cadáver del Rey D. Alfonso, su favorita Doña Leonor de Guzman, dos hijos suyos, y otras personas principales. Nada ocurrió en el trecho desde Gibraltar á Medinasidonia donde descansó la comitiva para continuar luego hasta Sevilla y depositar en decorosa sepultura los restos del vencedor del Salado, D. Alfonso Fernandez Coronel que tenia dicha villa por Doña Leonor, alzóse del homenaje que le habia prestado. Nueva contradiccion y presagio de gran mudanza en su suerte fué para la Guzman la noticia de que se trataba de poner presos á sus dos hijos gemelos, D. Enrique y D. Fadrique, previniendo estos la intencion con retirarse á sus tierras. Incierta y recelosa, Doña Leonor hubiera desistido de ir á Sevilla, á no haberle dado seguro D. Juan Nuñez de Lara: que bien podia fiar en él, teniendo Doña Guzman casado á su hijo D. Tello con una hija del de Lara.

<sup>1</sup> Lafuente (D. Modesto) tom. 7, pág. 147.